

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 324

Barcelona, 22 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

La victoria republicana de Teruel,

dirá a los pueblos y a los gobiernos, indiferentes y egoístas, dudosos y vacilantes, la gran verdad de esta nueva etapa de nuestra lucha.

LA REPÚBLICA HA ENTRADO EN TERUEL VIVA LA REPÚBLICA!

LA RECONQUISTA DE TERUEL

Incidencias de la lucha desde el comienzo de nuestra ofensiva

Las tropas republicanas han conquistado felizmente la conquista de Teruel, que desde hace varios días estaba materialmente cercado. Teruel se incorpora ya a la República, y sus habitantes, gozosos, pueden considerarse libres de la garra del fascismo extranjero aliado con unos malos españoles que le rinden todo acatamiento y le tributan la más absoluta servidumbre. Durante estos días últimos hemos vivido momentos de intensa emoción, como españoles y como periodistas. Como españoles, porque veíamos cómo la mano maestra de nuestros estrategas, unida al valor indomable de nuestros soldados, realizaban la magnífica operación de la reconquista de Teruel, paso a paso, sin una rectificación y sin titubeo. Constantemente nos llegaban, con precisión cronométrica, los detalles del avance que se realizaba con miras a lo que había de consumarse: la liberación absoluta de Teruel y la incorporación de su pueblo al ambiente civilizado de la República. Todos estos detalles, que íbamos conociendo, hubimos de reservarlos para el momento oportuno, ya que, como españoles disciplinados, teníamos que colaborar en la obra de silencio impuesta con tan singular acierto por el ministro de Defensa Nacional. Ya logrado plenamente el propósito, damos a continuación una síntesis del desarrollo de los acontecimientos que precedieron a la toma de aquella plaza.

Todo estaba sabidamente planeado, como ha podido confirmarse con el logro absoluto del objetivo fundamental. Los soldados colaboraron en esta ocasión con más ardor que nunca, con una eficacia magnífica y con un valor insuperable.

El frío y la nieve han sido, desde la iniciación de la ofensiva sobre Teruel, unos grandes enemigos del Ejército Popular; pero dírase que este brioso Ejército ha logrado, con su ardor bélico,

co, anular los rigores de una temperatura hostil.

Fué de madrugada cuando se iniciaron las operaciones el pasado día 15. Comenzó la acción con un sencillo golpe de mano, como si fuera de tanteo y como si el mando no le hubiera concedido previamente la importancia deci-

siva que tenía como principio de posteriores audacias. Cuajó la acometida, y no pasaron muchas horas cuando, lo que pareció en un principio sencilla operación, se convertía, gracias a la valentía de nuestros soldados, en un ataque enérgico y decisivo, en el que obtuvimos este victorioso balan-

¡Admirable maniobra! Del 15 al 21 de diciembre, el Ejército de la República ha logrado un triunfo de doble importancia, que prueba su eficiencia técnica, su altísima moral, su capacidad maniobrera y su resistencia física. Porque ha operado en país ríscoso, fragoso, casi sin vías de comunicación, entre espantosas borrascas de nieve y con temperaturas que llegaron a 20 grados bajo cero. Y a las 48 horas de su ofensiva, se vió obligado a batirse, no sólo contra el enemigo concentrado en sus líneas, que se apoyaba en formidables cerros fortificados, como los de Villastar y La Muela, sino contra el enemigo de fuera, que acudía precedido por masas de aviación y escuadrones de carros de asalto y que se hacía acompañar de poderosa artillería de diversos calibres.

El Ejército republicano ha sabido vencer a esos dos adversarios. Las alturas erizadas de cañones y ametralladoras, los blocaos de hierro y cemento, las trincheras con abrigos subterráneos, los caserones de vieja piedra aspilleros y convertidos en ciudadelas, cayeron ante su impetu y también ante los sabios movimientos ordenados por sus jefes. Porque tan espléndido resultado se obtuvo con un mínimo de pérdidas que asombraría a los lectores si lo conociesen. La sangre del soldado republicano es preciosa y no se la derrama sino con circunspección y cuando las crueles exigencias de la guerra lo ordenan imperiosamente. Puede Franco dilapidar vidas mercenarias. ¿Qué le importa? Puede igualmente disponer ejecuciones en masa y cruentas operaciones de enorme e inútil mortandad, donde caigan, a centenares, los hijos de España. La República tiene entrañas maternales, y cuando nos impone un sacrificio, es para evitarnos un sufrimiento mayor y un destino más trágico.

Y al mismo tiempo que las alturas y los blocaos y las casonas aspilleras y las trincheras con abrigos subterráneos, caía la potencialidad agresiva del Ejército de socorro. Desde Zaragoza, desde Albarracín, desde Calatayud, desde Molina de Aragón, avanzaban en columnas espesas las tropas de choque de la rebeldía: moros, legionarios, brigadas navarras, guardias civiles, extranjeros morenos y rubios, «flechas negras» del Tiber y

ce: la posición de Galiana, el pueblo de Concud, las alturas que dominan a este caserío, varias cotas importantísimas, el barrio de San Blas de los Morrones, el Pico del Zorro, unas cotas fortificadas de la Pedrera, el barrio de Güea, la Casa del Cura y el pueblo de Campillo, todo ello caía plenamente en nuestro poder, originando un derrumbamiento espléndido de todo cuanto los fascistas creían ingenuamente inexpugnable. Brillante jornada la de este día, puesto que, además, caía en nuestro poder la importante posición denominada Puesto de la Muerte, que si bien en el orden posesorio no significaba una gran

conquista, sí lo era en orden a su importancia estratégica, puesto que desde ella los fusiles y las ametralladoras del Ejército republicano dominaban plenamente la única carretera por la que los facciosos podían recibir elementos defensivos. Del singular empuje con que se ultimaron todas estas conquistas y del valor derrochado por los heroicos soldados auténticamente españoles, no resulta tarea fácil dar una impresión exacta y concreta. Bastará decir que en esta gloriosa jornada tuvo sus manifestaciones más espléndidas toda la gama del heroísmo. Con los hombres de a pie colaboró eficazmente la Aviación republicana. Los facciosos comenzaban a darse cuenta del gran alcance que tenía nuestra acometida, y con toda premura concentraron elementos de todas clases. Todo inútil. Las alas republicanas arrojaban sobre el terreno rebelde el fuego de sus bombas. La metralla, esparcida por la tierra aragonesa, causaba la destrucción y el desconcierto entre las legiones de traidores. Forzoso es que registremos en este momento un hecho singular, reflejo de la precisión de nuestra táctica. Las bombas de aviación, aparte de su eficacia inmediata, produjeron sobre el campo rebelde una especie de cañamazo sobre el cual puede decirse sin hipérbole que la artillería leal dibujó la filigrana de sus tiros. No quedó reducido faccioso que no fuera batido con intensidad y con eficacia tales que nuestro Mando podía muy bien comprobar cómo cundía la desmoralización y el desorden entre las huestes fascistas, que, horrorizadas, buscaban refugios contra aquella lluvia de obuses certeros. El efecto moral, indispensable para mayores empresas, estaba plenamente logrado. El pánico se había adueñado de los enemigos de la República, que huían des-pavoridos por los vericuetos adyacentes de las posiciones que acabábamos de arrancarles. La huida de los elementos que guardaban las posiciones logradas, sólo tiene un precedente, a juzgar por lo manifestado por las personas que pudieron contemplarlo: este precedente está en la desbandada italiana de Guadalajara.

Justo es reconocer, sin embargo, que la desmoralización en el

«condores» del Elba y del Danubio... Y sobre ellos, protectora, volaba la aviación italo-alemana.

En tres fortísimos destacamentos de todas armas, ese Ejército de socorro se adelantó hacia Teruel. Lo detuvimos en Celadas, en Campillos, delante de Concud, cerrando todos los caminos, oponiendo a sus enjambres híbridos la muralla de los republicanos pechos. Y luego de dos días de esfuerzos estériles, reducido a la mitad de su objetivo, retrocedió y tuvo que contemplar, impotente, como se rendía a la República la capital del Bajo Aragón.

¿Consecuencias? Muchas. Se ha paralizado, retardado y desconectado la famosa ofensiva de Franco, de que se venía hablando en España y fuera de ella.

Se ha desarticulado el frente estratégico rebelde de Aragón. Se ha agravado el peligro que se cierne sobre Zaragoza. Se ha hecho muy difícil y arriesgada toda tentativa a fondo en la Alcarria. Se ha cerrado, con fuertes cerrojos, la puerta que abría a los facciosos el camino del litoral de Levante...

Pero además — y ello es quizá el resultado más considerable —, se ha hecho saber al exterior incrédulo, escéptico, muy trabajado por las propagandas fascistas, que los éxitos rebeldes del Norte no eran indicio de superioridad total y general, sino consecuencia de una fatalidad geográfica ayudada por la política de No Intervención en sentido único y que potencialmente, a despecho de los ejércitos y las escuadras marítimas y aéreas de italianos y alemanes, la España legal y legítima, es decir, la sola España viable y posible, está muy por encima de la España esclavizada y vendida al extranjero por las taifas militares que la tiranizan.

La victoria republicana de Teruel dirá a los pueblos y a los gobiernos, indiferentes y egoístas, dudosos y vacilantes, la gran verdad de esta nueva etapa de nuestra lucha, o sea:

Que la España republicana tiene un Gobierno y un Ejército. Y que, por tanto, ya no puede perder la guerra y ha comenzado a ganarla.

(continúa en la página siguiente)

campo enemigo no se extendió de una manera indefinida ni tuvo una intensificación absoluta. Muy por el contrario, las fuerzas derrotadas se replegaban, logrando rehacerse. Se atrincheraron de nuevo. Recobraron sus mandos y hasta llegó a pensarse, en un momento, que el empeño—pasada la primera sorpresa—había de ofrecer en su realización previas dificultades. Así fué, en efecto; pero ya el ardimiento de los primeros instantes se había amenguado de una manera considerable. La eficacia de la agresión, el empuje de nuestra avalancha y los centenares de desgraciados fascistas que caían en nuestro poder, eran factores esencialísimos que, naturalmente, habrían de tener una repercusión inmediata en los sucesos posteriores. La jornada se liquidaba triunfalmente, incorporando al haber de la República unas posiciones desde las cuales las armas de la traición habían producido a la España republicana muy serias inquietudes.

El segundo día de operaciones, la perspectiva de la lucha tenía nuevos matices. Dentro de la plaza de Teruel se habían agotado todos los procedimientos del terror y de la violencia para levantar el espíritu deprimido de un ejército en derrota. Amenazas, fusilamientos, detenciones. Todo ello abundó de una manera extraordinaria, y los jefes rebeldes se impusieron a la pobre masa ofreciéndola una vez más al sacrificio estéril. Grandes contingentes fueron lanzados como una tromba contra las líneas republicanas. El asalto fué durísimo; pero la resistencia, insuperable y magnífica. Había quedado terminado el cerco de la capital y ya comprenderán nuestros lectores qué frenético interés pondrían las autoridades facciosas en el empeño para romperlo. Las posiciones cercanas a la capital se vieron más guarnecidas que nunca, y cuando los mandos rebeldes consideraban oportuno el momento, se desbordaba la masa combatiente, haciendo funcionar todas sus armas y todas sus máquinas en un afán supremo de encontrar un punto vulnerable por el cual inutilizar la argolla de hierro que aprisionaba a la ciudad. Las feroces acometidas sólo produjeron un efecto precisamente contrario al pretendido. Como si fueran un revulsivo y un estimulante para nuestros soldados, el Ejército Popular se aglutinó más que nunca, se hizo más férreo y más unido que nunca y el cerco de hierro no tardó en convertirse, por razones de índole moral, en invencible acero. Nuestros soldados, con una táctica soberbia, no iniciaron contraataque alguno. Por el contrario, se situaron a la defensiva, y unos tras otros, los enemigos caían a centenares deshechos materialmente por nuestras fuerzas. Tan extraordinario fué el número de bajas, que las ambulancias facciosas, desarticuladas y dispersas, dejaban sobre el campo centenares de heridos que clamaban su dolor y daban muestras desgarradoras de su desengaño. La piadosa función fué sustituida bien pronto por los equipos sanitarios de la República, que sin mirar qué uniforme ni qué emblema llevaba el caído, recogían a todos para prestarles los servicios de la ciencia y reconstruir las vidas que se extinguían.

No utilizaron solamente los facciosos sus reservas de Teruel, sino que trataron de llevar al lugar de su desastre tropas de refresco procedentes de Zaragoza. Para ello, los rebeldes movilizaron to-

da la aviación de que disponían; pero muy pronto se lanzaron al espacio nuestros cazas y la acción aviatoria de los enemigos de la República quedó neutralizada en absoluto. También quisieron utilizar el ferrocarril para el envío de nuevos elementos; pero también el intento quedó frustrado por la certera y eficaz acción de nuestros bravos pilotos. Un tren militar que pugnaba por acercarse a los lugares estratégicos quedó materialmente deshecho y sus ocupantes se dispersaron por los campos en fuga alocada. No fué posible ningún auxilio, y las armas de la República quedaban al atardecer del día 16 en sus posiciones firmes y bien consolidadas. Como si algún detalle le faltara a la jornada para coronarla triunfalmente, también se registró en este día la ocupación de varias cotas importantes.

El viernes, 17, convencido el Mando leal del quebranto durísimo que habían padecido los facciosos, dispuso la reanudación del avance. La nieve se había hecho más copiosa que en días anteriores; pero, como en las jornadas precedentes, nada dificultó el logro de los propósitos del Ejército republicano. Poco después de las ocho de la mañana, un golpe de mano brillantemente realizado, nos hacía dueños de La Muela de Villastar. Con diferencias de minutos, caían luego Las Hoyuelas, La Regadía y La Rocosa. Antes de mediodía, en los primeros parapetos del cementerio de Teruel, maniobraban los soldados republicanos. Poco después, Carrascalejo era republicano; y más tarde, en un esfuerzo lleno de gallardía, las tropas clavaban la enseña tricolor de la República en los altos de Marimezquita. Mientras tanto, se observaba un intenso ir y venir de concentraciones facciosas en uno y otro sentido. Tales movimientos fueron observados con tanta pericia que la Artillería leal y unos tiroteos oportunistas, los hicieron totalmente ineficaces. La Aviación siguió bombardeando, como en días anteriores, todos los puntos más sólidos del sistema defensivo de Teruel. El sistema era muy parecido al de Belchite, en su trazado y construcción. El mando faccioso veía perdida la partida, y trató de obtener un efecto rápido lanzando a varios batallones al asalto de distintas posiciones que por la mañana se habían conquistado. En esta tentativa el número de bajas sufridas por las tropas facciosas fué extraordinario. Mientras esto ocurría, una columna republicana avanzaba hacia el macizo montañoso de Albaracín. De Navarra y de Zaragoza llegaron aviones facciosos con propósito de deshacer nuestras concentraciones; pero los cazas republicanos se encargaron de facilitar el tráfico de nuestro Ejército, cosa que lograron con bastante facilidad, por cierto. La táctica desarrollada en este conjunto de operaciones aconsejaba que durante la tarde no se reanudara el avance, y así se hizo. Todas las posiciones logradas por la mañana se habían consolidado con tanta rapidez como eficacia.

Amanece el día 18 y todo él se dedica a la conquista de posiciones complementarias del cerco de Teruel. Quedaba todavía en poder de los facciosos La Muela de Teruel, punto delicadísimo y esencial para la defensa de la capital. Los rebeldes, convencidos de su importancia estratégica, la defendieron tenazmente; pero nada les valió, porque a las cuatro de la tarde, La Muela de Teruel era ya republicana. El cerco

La S. de N. y los países que se apartan de la ley

Acercamiento intelectual

(Carta a «The Times»)

Señor:
Pocos se aventurarán a negar la justicia de sus comentarios sobre la retirada de Italia de la S. de N. Sin duda, la expulsión hubiera estado más de acuerdo con la justicia que la retirada; pero el resultado era inevitable. El «Covenant» suponía un acto solemne de arrepentimiento y de enmienda: la aceptación de la ley y la repudiación de la anarquía y del «gangsterismo» internacional. El Consejo de la S. de N. respirará más libremente sin tener en su seno a un miembro que abiertamente repudia la ley en sus principios. No nos agradaría ver en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos a Al Capone o a Bug Moran.

Sin embargo, de ello se sacan algunas conclusiones tristes. Tenemos que admitir que los «gansters» han demostrado ser más fuertes de lo que se esperaba en 1924, el año del Protocolo, o en 1926, el año de Locarno. La defensa colectiva contra ellos se hace cada vez más difícil y más urgente. Ha obligado a este país a aumentar sus armamentos; ha absorbido, por desgracia en gran medida, la atención de los partidarios de la S. de N. y los ha puesto en pugna sobre bases falsas. «El restablecimiento de la paz» y la «Seguridad colectiva» son cosas que se complementan, no puede existir una sin la otra. A este respecto no tengo sino que referirme a los dos admirables informes de la Conferencia de Estudios Internacionales, de 1935 y de 1937.

Pero hay, como usted justamente señaló, otras cosas que hacer. Ninguna nación es eternamente «ganster», ninguna tampoco observa con absoluta fidelidad la ley; y cualquier acción que les induzca a cooperar a fines legales y beneficiosos tiene un valor mucho mayor que el resultado concreto inmediato que pueda alcanzarse. Las nueve décimas partes de la labor de la

Sociedad de Naciones tienen en realidad este carácter y no sería demasiado decir que, por el momento, casi todas sus partes están paralizadas.

Antes de ahora, me ha dado usted ocasión de mencionar la labor de la Cooperación Intelectual, que une a miembros y a no miembros de la S. de N., tales como los Estados Unidos, el Japón y el Brasil. Los gastos son casi enteramente sufragados por Francia, con la ayuda importante de América y aportaciones casuales de unas quince naciones. Me parece raro, teniendo en cuenta los fines y el espíritu de la política británica, que el Gobierno de Londres no contribuya con nada.

Naturalmente, para un soldado nada importa excepto la guerra; para un político sólo tienen interés la política y la economía. De acuerdo; estas consideraciones son primordiales. Pero hay otras cosas en la vida que todas las naciones persiguen y en cuya persecución pueden ser amigos o dejar de serlo: el arte, la ciencia, la enseñanza y los estudios sociales; el desarrollo de las universidades, de los museos, de las expediciones arqueológicas, de las academias nacionales e incluso del periodismo. No quiero continuar la lista. No era un loco el que, en días más sencillos que los actuales, dijo: «Dejadme hacer las canciones de un país y no me importará quien haga sus leyes.» En la composición de sus canciones o en el equivalente moderno de esas canciones, es en lo que el Instituto de Cooperación Intelectual hace posible la cooperación de los países. Indudablemente, es esta una labor que merece el interés público y alguna ayuda nacional. De usted, etc.

Firmado: Gilbert Murray.

Oxford
Yatscombe, Boar's Hill
15 de diciembre.

(«The Times», 17-XII-37)

había quedado plenamente conseguido. Las tropas republicanas podían ya iniciar su acción decisiva sobre Teruel; pero en el ánimo de nuestros Mandos y de nuestros Gobernantes pesaba considerablemente lo que ha sido característica constante de la República: un sentimiento de humanidad, que una vez más ha tenido manifestación en la guerra que sostenemos. En la ciudad había millares de personas no combatientes, cuyas vidas había que salvar. Y entonces el Mando Republicano utiliza unos prisioneros para que lleven a Teruel el mensaje de que pueden salvar la vida aprovechando una salida previamente señalada, durante unas horas que también se determinaban. La República no quiere víctimas inocentes. En contraste con la acción constante de los rebeldes sobre ciudades indefensas, la generosidad republicana tenía otra vez la más espléndida de las manifestaciones.

Las jornadas subsiguientes han sido, como las anteriores, plenamente triunfales para las armas republicanas. En gracia a la necesidad de reducir a términos adecuados el presente reportaje, nos vemos obligados a silenciar ahora hechos magníficos de heroísmo inigualado a cargo de nuestras tropas. Como final de información, diremos que a las seis y media de esta tarde, la ciudad de Teruel ha sido reconquistada para la República Española. Los facciosos, materialmente barridos de sus calles, se iban replegando en completo desorden. Un grupo de insensatos todavía trató de hacerse fuerte en la Plaza de Toros; pero el Ejército Republicano ha logrado dominarlo también, con lo que se da por terminado este brillante episodio de nuestra guerra.

No hará falta decir que las calles de Teruel a estas horas están llenas de soldados y de paisanos,

en un desbordamiento de entusiasmo democrático, que vitorean a su régimen querido y a las tropas que con su sangre le están

dando esplendor, no sólo ante el pueblo español, sino ante la conciencia del mundo entero. ¡Viva la República! ¡Viva España!

Un baño de «sublimado»...

Andan por el mundo unas gentes que se afanan por ganarse la vida dándoselas de chistosos. Son los humoristas profesionales.

Deporte ingrato entre todos. Las ocurrencias ingeniosas no se pueden fabricar. Brotan de un conjunto de circunstancias, de una sucesión de palabras graciosas e inesperadas.

«El ingenio que uno quisiera tener malogra al que uno tiene». Esta frase tal vez no tenga el mérito de la novedad, pero sigue siendo cierta porque la experiencia la comprueba a diario.

Nada hay más penoso que querer representar el papel de gracioso público. Nada menos social, a veces. Porque para brillar a toda costa, zahieren a cualquiera como sea.

Por el contrario, florece una especie de «humour» del cual si parece estar permitido burlarse. Es el del genio «hipertenso», de «voltaje excesivo», que diría un electricista.

Gabriele d'Annunzio, presidente de la Academia Real de Italia, nos da de ello un ejemplo-tipo.

A raíz de la retirada de su país de la Sociedad de Naciones, el ilustrísimo poeta telegrafió a Mussolini un «mensaje lírico», del cual os ofrecemos esta fina flor:

«A menudo he representado con

mística pureza tu propio mito, es mito que ha resultado ser tu propia fisonomía.

Tal vez recuerdes lo que te escribí corriendo a caballo sobre tus huellas, a lo largo del océano, y subiendo por la playa de Africa hacia las rocas de Addis-Abeba. Pero la prevista terminación de ese gran acto excede a la espera de cualquier otro prodigio.

...Por esta noche permanezco en silencio y te abrazo como no lo sé hacer en ninguna otra hora.

Eso es todo.

Por más que Gabriele d'Annunzio «corra a caballo—aunque fuese montado en Pegaso—a lo largo del océano», no podrá impedir que pensemos que abusa un poco del derecho de hacernos reír. Y sin saberlo él.

Es verdad que el grande hombre expresó ya en un testamento no menos «lírico»—por no decir «clownesco»—el deseo de «sufrir el día del llamamiento de la nada las montañas duras de un ácido sin perdón». Y ello «en un baño de mármol puro».

¿Un ácido sin perdón?

Para sacarlo de apuros, no veo otra cosa que el «sublimado» corrosivo.

LOUIS BRUNET

(«La Croix», 18-XII-37)

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

El general Erico Ludendorff y su doctrina de la guerra total

Ha muerto en Munich, a los 72 años de edad, el general Erico Ludendorff, conquistador de Lieja, jefe del Estado Mayor de Hindenburg en el frente oriental de la Gran Guerra y luego, cuando éste fué nombrado generalísimo en sustitución de Falkenhayn, cuartel maestro general de todos los ejércitos alemanes. Como pocos generales, a los tres meses de haber ascendido a dicha dignidad militar, Ludendorff convirtiéndose en el verdadero generalísimo, y más tarde llegó a ser el dictador de Alemania. Todo lo dirigía: la guerra, la política, la diplomacia, la economía. La lucha submarina contra los neutrales fué obra suya aún más que de Tirpitz. Su vida es una línea recta. Coronel de Estado Mayor y jefe de Sección del Departamento de movilización del organismo misterioso que tenía su sede en Postdam, atacó violentamente al ministro de la Guerra porque éste, en conversaciones privadas, calificó de exageraciones unos estudios militares de Ludendorff donde ya aparecía la doctrina de la Guerra Total. Y como esos ataques determinaron alguna sanción disciplinaria, dimitió su cargo, apartóse del Estado Mayor y solicitó un puesto en la frontera. La conflagración de 1914 sorprendióle mandando una brigada de infantería en Estrasburgo. Esa brigada formó parte de la vanguardia del Ejército alemán que invadió Bélgica. Ludendorff, al frente de ella, o mejor dicho, delante de ella, se apoderó de Lieja.

Conocida es su enorme y trascendental participación en la lucha mundial. Jefe de Estado Mayor de Hindenburg en Prusia primero y en Rusia más tarde; autor, según dicen, de la maniobra de Tannenberg —aunque otros lo niegan y aunque muchos creen que en la base de la misma hubo una traición rusa—, no le costó mucho trabajo imponer su fuerte, su avalladora personalidad, al *junker* limitado y rigorista que era Hindenburg, ídolo a la sazón del pueblo germano. Gustábase el papel de «eminencia gris». No tenía con honores y pompas. Dejaba el oropel para los vanidosos. Tenía un orgullo demoníaco. Cuando, en marzo de 1935, Hitler, reconciliado con él, quiso hacerle feld-mariscal, negóse a aceptar el ascenso—él se denominaba modestamente general de infantería— y dijo: «El gran capitán nace. Para llegar a feld-mariscal, basta con ser nombrado.»

Se explica su desdén. Ludendorff trataba a los feld-mariscales y a los príncipes reales de Baviera, Sajonia y Wurtemberg y aún al mismo Kronprinz, casi como a reclutas. Y todos temblaban en su presencia.

Dueño, en realidad, de Alemania, de Austria-Hungría, de Turquía y de Bulgaria, utilizó de tal suerte los gigantescos recursos humanos y materiales de los cuatro países, que estuvo a punto de ganar la guerra. Cuando le confiaran, tras la facha de la claveteada estatua de madera del fantasmón Hindenburg, el mando supremo, Alemania tenía casi perdida la guerra. Había fracasado en Verdún. Los rusos habían roto el frente austro-alemán en Wolhynia, Podolia y Bukovina. Los italianos estaban en Sorizia. Los rumanos invadían la Transilvania y los francoingleses atacaban por el Somme y Flandes belga. Año y medio más tarde, Serbia y la mayor parte de Rumania habían sido conquistadas, los italianos aplastados en Caporetto y rechazados hasta el Piave; Rusia eliminada de la contienda en Brest-Litowski y con Ucrania ocupada por los ejércitos imperiales centroeuropeos, y Francia e Inglaterra resistían debatiéndose angustiosamente bajo los golpes terribles de las ofensivas alemanas de marzo, abril, mayo y junio...

Perdió Ludendorff la guerra porque no podía luchar contra lo imposible. Pese a la ausencia de Rusia, los aliados, después de la incorporación a su bloque de los Estados Unidos, eran los más fuertes. Bastaba que la fuerza estática se transformara en dinámica. A partir de julio de 1918, el proceso de la transformación se aceleró. Y estaba acabado a fines de octubre. El 11 de noviembre, Groener y Erzberger firmaban el armisticio.

Ludendorff quería obstinarse con su temperamento de jugador desenfrenado, exigía que le dejaran arrastrar a la carta de una resistencia desesperada, más allá del Rhin y del Mosa, los últimos hombres y los últimos millones del Reich. El pueblo le odiaba. Y tuvo que huir. No pasó mucho tiempo sin que volviese a Berlín y ayudara moralmente al golpe de Estado de los Baltikurn de Kapp. Es bien conocida su historia de la post-guerra. Cómplice de Hitler en el audaz pronunciamiento de Munich, absuelto por los jueces, en consideración a su pasado, diputado racista, rival de Hindenburg en unas elecciones presidenciales, verbero de la extrema derecha nacionalista, inventor de una religión pagana, que intenta resucitar el culto de Thor y de Odin, víctima de tres fobias, la judía, la masónica y la jesuítica, enfermo de terrores nocturnos que le hacen recorrer su casa en las madrugadas, armado de todas armas y acompañado de dos perros

alanos, enloquecido casi por su esposa, mucho más joven que él (la doctora en medicina Matilde Spiess), visionaria peligrosa, se reconcilió con Hitler y saboreó las mieles del éxito editorial con su célebre libro «La guerra total», publicado en diciembre de 1935 y del que en abril de 1936 iban vendidos 120.000 ejemplares. No quedó un militar en Alemania que no lo comprase y no lo hiciese su libro de cabecera. La influencia enorme de esa obra la estamos sufriendo en España.

¿Qué dice Ludendorff en «La guerra total»? Lo que decía en sus artículos del tiempo en que era coronel de Estado Mayor en Postdam. ¿Qué diferencia entre «Der Krieg» de Clausewitz y las doctrinas ludendorffianas!

Para Clausewitz, la guerra no es sino la fase final de la política. Para Ludendorff la guerra es «la realidad más seria de la vida de un pueblo». «La guerra total—escribe en la página 5—ha nacido de la Gran Guerra. No es sólo de la incumbencia de las fuerzas militares, sino que toca directamente a la vida y al alma de todo miembro de los pueblos beligerantes.» Y luego: «La ofensiva no se dirige ya solamente contra los ejércitos enemigos, contra las organizaciones y establecimientos militares, sino también metódica y directamente por la bomba y la propaganda, contra la voluntad y la fuerza de resistencia moral de la población civil.» ¿Veis, lectores, claro, el origen de estos monstruosos atentados contra el Derecho de Gentes, que cometen a diario, en nuestra España infeliz, los aviadores alemanes e italianos al servicio de Franco? Por algo dijo un filósofo que los hechos son sólo la sombra que proyectan las ideas...

En «La guerra total» se leen también estas máximas:

«La guerra es la ley suprema de la vida de un pueblo, la suprema afirmación de su voluntad de vivir.»

«La actividad humana sólo tiene valor en la medida en que ella prepara o hace la guerra.»

«La guerra se apodera de todas las fuerzas del pueblo contra todas las fuerzas del enemigo.»

«El país todo entero, hombres, mujeres y niños, son los obreros de la guerra total o sus víctimas.»

«La guerra total no ahorra nada, no respeta nada. Todas las armas serán empleadas en ella y sobre todo las más crueles, que son las más eficaces.»

«Es preciso rechazar toda tentativa de suprimir o humanizar la guerra.»

«La guerra será desencadenada sin declaración previa.»

«Será una guerra de agresión disimulada por una propaganda hábil que la hará aparecer como guerra defensiva.»

¿Locuras? ¿Extravagancias? Algo mucho más grave. El libro de Ludendorff es la Biblia de la nueva religión totalitaria. La guerra que se describe y aconseja en ella es la que hicieron los italianos en Abisinia, la que ellos y los alemanes, ayudados por Franco y sus cómplices, llevan a cabo en España, la que se prepara en el centro de Europa contra Checoslovaquia, en el Este contra Francia, la que los japoneses hacen en China...

Ha muerto Ludendorff. Pero quedan sus doctrinas horribles y monstruosas. Y como las cobardes democracias no tienen instinto de conservación, pronto las veremos aplicadas por todo el mundo y cubriéndolo de ruinas y cadáveres.

FABIAN VIDAL

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

EFFECTOS DE LA PIRATERÍA Han sido reparados en Fiume 13 submarinos «desconocidos»

Zagreb, 17 diciembre.—«L'Istra», órgano de los emigrados croatas de Italia, que se publica en Zagreb, publica en su número 46 una noticia de Fiume, en la que se indica que en el curso del mes de noviembre ha sido llevado a Fiume un submarino con averías, para su reparación urgente. El periódico subraya que es éste el décimotercero de los submarinos conducidos a remolque a Fiume en los últimos meses, para su reparación en aquellos astilleros. Se trata, dice, de los famosos submarinos «desconocidos» que ejercieron la piratería en el Mediterráneo.

(«L'Humanité», 18-XII-37.)

Diez estudiantes de Bruselas nos traen el saludo de todos sus camaradas antifascistas

Representan a todas las Facultades y tendencias políticas, solidarizadas con la causa de la paz que se defiende en nuestras trincheras

Han llegado a Barcelona diez estudiantes de Bruselas. Diez rostros jóvenes, risueños, cordiales. Manos que estrechan reciamente la nuestra. Palabras de aliento y simpatía.

En su primera noche de España han recibido el bautismo de fuego, bajo la metralla de los boches que respalda Franco. Han sentido el ritmo apresurado de sus corazones impresionados por su primer bombardeo. Varios de ellos no habían nacido cuando acabó la Gran Guerra, pero han oído a sus padres —quienes no los perdieron— el relato del martirio de Bélgica invadida por las mismas hordas que ahora incendian y destruyen nuestro país.

—Son los mismos—dice uno— y con el mismo afán de expansión imperialista.

Y una muchacha:

—Me han producido admiración los campesinos que venían en nuestro mismo coche. Llegaba el tren a Barcelona cuando comenzó el bombardeo. Las gentes sencillas que nos rodeaban no perdieron su serenidad. Por el contrario, cuando los antiaéreos comenzaron a disparar, hablaban con orgullo de ellos. Daban la sensación de estar todos dispuestos a empuñar las armas: Hay un gran espíritu. Nos ha maravillado la transformación de hombres y mujeres pacíficos, e inofensivos, ante la brutal agresión.»

Por la mañana, repuestos de la fatiga del viaje, se han echado a la calle. Han dado una vuelta por el paseo de Gracia, la plaza de Cataluña, las Ramblas... y comentan:

—Barcelona es hermosa. Una gran ciudad.

—El orden es perfecto. Nadie diría que se está en un momento de profunda transformación y que se llevan a cabo una revolución y una guerra.

—En el extranjero se miente mucho acerca de España.

De la Delegación forman parte estudiantes de todas las facultades y de todas las tendencias políticas.

Henri Cornil, responsable de la expedición, N. Nassau, Georges Morreg y Willy Calewaert, cursan la carrera de Derecho; André Crabbé y Suzanne Cornil, Filosofía y Letras; Marguerite Frankleman, ciencias físico-matemáticas; Charles Besogne, ciencias químicas; Jean Burriend, politécnico, y Fernand Bergomann, Medicina.

Henri Cornil nos dice que ha estado ya varias veces en España desde que comenzó la guerra, y que ha podido seguir la evolución de nuestra retaguardia casi desde los primeros momentos de la contienda.

Esta vez, sus compañeros y él visitarán Valencia y Madrid. Estarán entre nosotros unos quince días. Quieren conocer nuestras instituciones culturales, nuestros centros de producción y nuestros monumentos; ponerse en contacto con el pueblo y con el gran Ejército popular al que admiran por su tenacidad y su heroísmo. Quieren, asimismo, llevarse cuantos folletos y publicaciones han aparecido, explicando y comentando nuestra defensa contra el fascismo y los móviles que han guiado a Hitler y Mussolini a

invadir nuestra Patria. Fotografías y cintas cinematográficas, para difundir por todas las ciudades y aldeas de Bélgica la verdad española, falseada por los agentes publicitarios de la prensa ultra capitalista y por los representantes de los gabinetes de propaganda del Reich y de Italia.

—Estáis defendiendo vuestra libertad y la nuestra. Sois la avanzada de la lucha contra la expansión imperialista italogermana, que amenaza incendiar al mundo —dice Cornil.

Luego refiere sus actividades de simpatizante con nuestra democracia:

—En mayo último, los estudiantes de Bruselas convinimos que era necesario trabajar materialmente en favor de los niños de España y organizamos cuestionamientos en las calles de la ciudad. Nos pusimos en contacto con el Comité de Coordinación Internacional y organizamos dos hogares infantiles, en Cantonigros y en Castalla.

Desde entonces, todos los meses enviamos víveres para esas colonias. Cuando en agosto y septiembre vinimos algunos conduciendo camionetas de víveres, pudimos apreciar el entusiasmo del pueblo y su preocupación por la cultura, la cantidad considerable de prensa de diversas tendencias que circula en la España leal y el aspecto francamente democrático de todos los organismos.

En octubre, creamos en Bruselas un Comité de Ayuda a España que inmediatamente comenzó a enviar víveres y a realizar toda clase de propaganda en favor de la República española. Organizamos una exposición sobre vuestro movimiento cultural que fué inaugurada por vuestro Embajador, señor Ruiz Funes. La inmensa mayoría de los estudiantes está a vuestro lado. De ello puede daros idea el envío mensual de 5.000 francos, recaudados exclusivamente en los centros de enseñanza.

Habla después de sus proyectos para cuando regresen a Bruselas y termina diciendo:

—¡Ah! Si pudiéramos ver también Teruel...

Entre las instituciones barcelonenses que visitaron, figuran el «Club Mirbal», la Escuela del Trabajo, la de Preaprendizaje, la Universidad, el Casal de la Cultura, la Colonia «Los Cipreses», donde viven niños refugiados, el Instituto Escuela, el Servicio de Bibliotecas para los frentes, la Catedral, etc.

A los traidores se les apagan los humos Parece que a Franco le han desaparecido sus entusiasmos ofensivos

El diario «National Zeitung», de Basilea, publica el siguiente telegrama:

«Según «United Press», de Saint Jean de Luz, se dice en los círculos bien informados que las autoridades oficiales de Franco son mucho menos optimistas que hace unas semanas, en lo que se refiere a la ofensiva anunciada. Según estas informaciones, se ha abandonado el proyecto de un ataque general en toda la línea, dedicándose solamente a operaciones de segundo orden.»

Impresiones de los más diversos orígenes, todas ellas coincidentes, ponen un subrayado dramático a la situación de la zona rebelde. Todo aquello, en franca descomposición interna, comienza a derrumbarse y el hundimiento con estrépito no tardará en producirse, según los cálculos más verosímiles que se hacen en los lugares donde la información parece más pura e intachable. Rumores de última hora, acusan una desorientación, basada en el desaliento, por parte de la política belicosa de Italia. ¿Se ha cansado, o siente temor Mussolini? Circula una frase por el mundo que es todo un programa: «Italia tiene, su infantería en Etiopía, su escuadra en el Mediterráneo y su aviación en España. ¿Con qué va a defender Mussolini a Italia?».

Nuestra ofensiva, el aplazamiento de la suya, los coqueteos de Franco con Inglaterra, las vacilaciones del «duce», matizan el momento actual de un optimismo, para nuestra causa, más vivo que nunca.

«Mañana», Barcelona, 21 - 12 - 37).

NOTA INTERNACIONAL

La opinión inglesa y nuestra lucha

Mr. Stafford Cripps, el líder del ala izquierda del laborismo, se ha manifestado complacido por el viaje de Mr. Attlee a España y ha hecho constar su indignación por la actitud de algunos miembros del Gobierno inglés que tratan de obstaculizar la visita de parlamentarios a territorio republicano.

Por lo visto, hay políticos conservadores en el Reino Unido que no desean esclarecer ante la opinión pública la verdadera finalidad de nuestra lucha. Hablan de neutralidad, pero en cuanto ésta favorezca a Franco y a sus cómplices que hasta ahora han vivido en el extranjero de los infundios propagados contra la República. Hace un año hasta las izquierdas británicas desconocían a ciencia cierta lo que se ventilaba en España y cuál era la situación de la zona leal. Una personalidad sindical que acudió a Londres para reclamar la asistencia de los elementos obreros, regresaba desalentada por el desconocimiento que éstos mostraban, con relación a nuestro pleito. Fué en vano que algunas figuras del periodismo y la política se mostrasen favorables a la causa del pueblo y manifestasen públicamente que aquí no reinaban el caos ni la barbarie y que las únicas catástrofes eran aquellas que se derivaban de la guerra. No se le hizo caso ni a la duquesa de Atholl, miembro de la Cámara de los Comunes, que habiendo permanecido entre nosotros una temporada quiso informar desinteresadamente a sus compatriotas.

La teoría de la «localización» del conflicto español ha servido principalmente para poner en guardia a la opinión británica contra las fuerzas del Frente Popular, que era presentado a los ojos del mundo como un conglomerado demencial propicio a todos los disparates. En vez de reconocer que aquí se estaba librando la batalla más dura por la democracia y el derecho, los pseudo-demócratas de por ahí se esforzaban en publicar que el «drama español» era un fenómeno de sub-

versión sin espíritu político ni pensamiento instructivo. La malevolencia ajena nos hizo responsables de los mayores extravíos. Los más generosos no se conformaban con menos que con el «cordón sanitario» que aislase a la España «roja» del mundo civilizado. En pocos meses, sin embargo, la verdad hizo su camino. Los derechos de la República española, atropellados descaradamente en el Comité de Londres, tienen ya en la misma Inglaterra portavoces tan autorizados como Lloyd George, ese viejo «brujo inglés» que se renueva cada día y ha procurado conocer a fondo los orígenes y las consecuencias de la guerra en España.

Por eso, ahora que las masas obreras inglesas han enviado a territorio leal representaciones autorizadas y conocen a fondo las características de nuestra guerra por la libertad, tienen ya motivos para concedernos plenamente su confianza y emprender en favor de la República, que defiende la independencia y la ley, una acción enérgica, persistente y eficaz para que sus gobernantes adopten ante el problema una posición radicalmente distinta a la sostenida hasta ahora. La inhibición de las fuerzas organizadas del proletariado podría explicarse hasta ahora por la serie de equivocaciones y falsedades que rodeaban la guerra española, convertida ya en avanzada trágica de un inminente conflicto europeo. Aun desde el punto de vista nacional, las masas inglesas no pueden desentenderse de una situación que amenaza bases navales valiosísimas desde el punto de vista del imperio inglés. Es de esperar que tantos visitantes ilustres como han recorrido la España leal no recaben sólo la simpatía platónica de sus masas, sino que las inclinen a trabajar por la victoria de la democracia española en el área de la política internacional.

La ocupación de las Baleares y Canarias por alemanes e italianos constituye una amenaza para Francia

París, 20. — «L'Ordre» inserta una carta de un francés en la que se denuncia la grave amenaza que representa en las Baleares y en las Canarias la ocupación alemana e italiana. La carta dice que si algunos franceses se hacen todavía ilusiones sobre la política internacional de Italia y de Alemania, también hay periódicos que se muestran furiosos al ver que se defiende esa política. Lo cierto es que esa política de Roma amenaza directamente a Francia, a través de España.

¡Hasta los derechistas franceses!

París, 20. — El órgano derechista «L'Epoque» publica un artículo del Sr. Kerillis en el cual éste observa que la guerra en España continúa porque quieren que continúe los alemanes y los italianos. «La guerra europea, dice el Sr. Kerillis, puede estallar en 1938. Si estalla, los alemanes y los italianos querrán aprovechar las posiciones estratégicas que han ocupado en las Baleares, en las Canarias, en Marruecos y en la frontera de los Pirineos. De manera que si Franco tiene prisa en terminar la guerra, los italianos y alemanes quieren continuarla.» «La République», periódico que hasta ahora ha defendido a Franco, dando por cierto su triunfo, consagra un artículo a demostrar que las fuerzas de las dos Españas son iguales. Para «La République», la España de hoy presenta un carácter análogo al de la situación francesa de 1915 a 1917. Ahora bien, si la España leal se encuentra en la misma posición que Francia entre 1915 y 1917, es seguro que en 1938 será el triunfo de la República.

Milán, al que se llamó a toda prisa.

Se arrestó a los «camisas negras» que más se distinguieron en la protesta; a otros se les aquietó con promesas, a algunos se les concedió licencia para que fuesen a sus casas, y a todos se les modificó el servicio y se les mejoró el rancho.

Pero, juzgando que esto no era suficiente para elevar una moral tan deprimida, el batallón se envió a Roma, para que asistiera a las fiestas del aniversario de la marcha fascista sobre la capital de Italia. Y, dudando aún de que todo esto fuese suficiente, se hizo circular la noticia de la movilización próxima de la clase 1909 que se encuentra en Libia.

EN EL SENO DE LA SOCIEDAD ITALIANA SE PREPARA ALGO

Puede deducirse el entusiasmo con que se ha realizado la movilización, del hecho de que la cárcel de San Vittore esté llena de desertores.

Esta es la mejor prueba.

No puede negarse que una minoría de los milicianos creen en las mentiras difundidas por el gobierno fascista; pero se puede negar menos que la gran mayoría está preocupadísima ante la perspectiva de una guerra universal, o, simplemente, ante la obligación de participar en la guerra de España.

A la propaganda oficial se oponen los hechos. A los «bulos», la realidad.

Se comenta el que, después de tanta palabrería, los ejércitos fascistas están inmovilizados por el republicano en todos los frentes, y no solamente inmovilizados, sino que en algunos atacan y avanzan las tropas de la República.

La prensa continúa su campaña contra Francia e Inglaterra e intenta convencer a la gente de que se conseguirá cuanto desee sin llegar a la guerra, guerra que el pueblo italiano teme. Pero, a excepción de una minoría, minoría muy ruidosa y que dispone de los medios del poder totalitario, nadie cree ya que el régimen fascista esté llamado a desempeñar ninguna función histórica.

Lenta, pero seguramente, algo

nuevo madura en el seno de la sociedad italiana.

VIDA CARA Y JORNALES MISEROS

Se extiende el descontento entre los obreros de Milán, porque los jornales no bastan para subsistir a sus más imprescindibles necesidades.

En las últimas semanas se ha notado una gran agitación en este sentido. Los obreros piden un aumento de jornales, que consideran míseros en relación con la carestía de la vida. Se distinguen en la petición los fascistas más activos. Desde luego se comprenderá que cooperan con todas sus energías a la petición los que vieron que inscribirse por fuerza en el fascio.

El furor de Mussolini contra los países democráticos, furor que se manifiesta en expresiones oratorias, está íntimamente ligado con esta angustiosa situación económica. Pero no es probable que estas explosiones de rabia engañen al pueblo italiano, por lo menos en la medida que le engañaron cuando las sanciones.

Las guerras de Abisinia y de España y sus consecuencias han enseñado mucho.

Es posible, por el contrario, que el descontento popular, cada vez más hondo, no pueda ser contenido — aunque solamente sea por tiempo — más que con un nuevo aumento de jornales, el cual, como de costumbre, no responderá, ni mucho menos, por el aumento de precios.

A pesar de todo, el aumento de salarios, si se consigue, será un hecho importante, porque no se tratará de una concesión graciosa sino de un beneficio arrancado por la fuerza de la agitación — importantísima en las actuales circunstancias — que se registra en las fábricas y que ha sido recogida y reflejada, aunque veladamente, en un reciente discurso por el secretario de los Sindicatos, Capoferri, el cual invitó a los trabajadores, sin gran éxito, naturalmente, a tener paciencia.

Además, se sabe que algunas casas se preparan, habilitándose a reducir los actuales salarios para hacer que el eventual aumento sea sólo aparente.

No se cree que prospere esta desvergonzada maniobra.

La verdadera situación interna de la Italia fascista

El pueblo protesta de la intervención en España y los «voluntarios» se resisten a marchar a dicho país

París. — El periódico antifascista «Giovane Italia», que los italianos que han logrado huir de la persecución de los secuaces de Mussolini publican en esta ciudad, da nuevos detalles de lo ocurrido en Milán con motivo de la movilización de los «voluntarios» del batallón «Carroccio», noticia que recogió la prensa mundial a raíz de haberse manifestado el descontento de la población por el envío a España de estos movilizados.

En nuestra crónica anterior, dice el corresponsal del citado periódico que firma sus informaciones en Italia, indicábamos la forma en que habían sido movilizados los «voluntarios» para España y el descontento que esta movilización suscitó entre aquellos y sus familias.

Este descontento fué intensificándose y terminó por exteriorizarse bajo diversas formas cuando los «voluntarios» fueron recibidos en el cuartel — donde estuvieron varios días — en espera de la orden de salida.

Dijimos también, como lo dijo la prensa de todo el mundo, que en la visita médica muchísimos de los obligados «voluntarios» declararon no ser útiles.

Esto dió lugar a que los jefes locales se desesperaran y, fuera de sí, hablasen del «bajo nivel de los sentimientos patrióticos y fascistas» de los milicianos.

Muchos de éstos buscaron, por diversos medios un pretexto para volver a sus casas, aunque sólo fuese por pocas horas. Trataban de crear dificultades a la buena marcha de la movilización.

Por último, y para evitar que el descontento adquiriese mayores proporciones y para evitar también que el «bajo nivel de los sentimientos patrióticos y fascistas» se contagiase a otros voluntarios, se trasladó el batallón a Como, en vez de enviarlo directamente a Nápoles, como estaba previsto.

Para calmar el nerviosismo de los milicianos, se dijo que su destino era Libia.

Pero precisamente en Como ocurrieron los sucesos más graves.

Para retener a los «voluntarios» en Como, se dió el pretexto oficial de que necesitaban una mejor preparación militar, que precisaban hacer la instrucción y desde el primer día se les obligó a ejecutar maniobras de la mañana a la noche. Era un castigo, una represalia. Esto aumentó el descontento, ya grande, y algunos milicianos huyeron a Milán. Se decidieron, en su desesperación, a volver a sus casas.

Un día, el malestar latente se tradujo en protesta violenta. Al cabo de unas semanas de instrucción, hacia mediados de octubre, los milicianos se negaron a continuar, dando gritos de:

— ¡Abajo los asesinos! ¡Queremos ser tratados como hombres y no como perros! ¡Queremos regresar a casa! ¡No iremos a España!

Para calmar los ánimos fué necesaria la intervención de Parenti, secretario federal fascista de